

Guía de lectura y
trabajo para el curso
Presocráticos II
de los cuatro elementos
a la infinitud del espacio atómico

Ana Maria C. Minecan

Primera edición: abril 2020
Segunda edición: agosto 2025

Guía de lectura y trabajo para el curso Los presocráticos II: de los cuatro elementos a la infinitud del espacio atómico

Ana Maria C. Minecan

Colección: Guías de lectura para
los cursos del Centro de Estudios Filosóficos Alétheia

CEFA Ediciones – Centro de Estudios Filosóficos Alétheia
Madrid, 2025
www.anaminecan.com

ISBN-13: 979-8264731150

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

CONTENIDO

Sobre Alétheia y tu profesora	i
Clase 1 Rasgos de la primera fase de la filosofía presocrática	1
Clase 2 Empédocles de Agrigento	7
Clase 3 Los cultos ctónicos	13
Clase 4 Magia, democracia y medicina	19
Clase 5 El reto de Parménides y la recuperación del devenir	23
Clase 6 Los cuatro elementos	29
Clase 7 La nueva estructura fragmentaria de la materia	35
Clase 8 Atracción y repulsión	41
Clase 9 El ciclo cósmico	45
Clase 10 El azar como arquitecto del mundo	51
Clase 11 Anaxágoras: el filósofo y el político	55
Clase 12 Vida, obra y destierro de Anaxágoras	61
Clase 13 El pluralismo infinitesimal	65
Clase 14 El intelecto (noûs)	69
Clase 15 Leucipo y Demócrito	75
Clase 16 ¿Miedo al átomo?	83
Clase 17 Átomos y vacío	87
Clase 18 La tesis de la pluralidad de los mundos	91
Clase 19 Azar, forma, necesidad e infinito	95
Clase 20 Epistemología atomista	99

Clase 21 Las sentencias éticas de Demócrito	105
Clase 22 Diógenes de Apolonia	109
Clase 23 El ocaso del pensamiento presocrático	115
Clase 24 Una última mirada atrás	119
Clase 25 ¡Entrando en Atenas!	125
Bibliografía	131
Cuestiones para reflexionar	136

CLASE 14 | EL INTELECTO (NOÛS) Y LA RAZÓN DEL COSMOS

Anaxágoras concibió la realidad como una inmensa mezcla de partes semejantes e indefinidas en número, y sostuvo que un principio único, el intelecto, inició el movimiento y dispuso la estructura del cosmos. Rechazó el azar como garante suficiente del orden en un universo con infinitas clases de elementos y atribuyó a la rotación primordial la separación gradual de contrarios y la formación de estratos cósmicos. “*Todo está en todo*” designó para él la persistencia de la mezcla en todo compuesto; solo un predominio cuantitativo permite la manifestación fenoménica como madera, carne o piedra. El intelecto, por ser no mezclado, homogéneo y autónomo, gobierna sin padecer los avatares de lo compuesto y asegura la continuidad del movimiento y, con ella, la inteligibilidad de la naturaleza.

| Conceptos principales

Homoioimeríai (ὁμοιομέρειαι, homoioimeríai): “partes semejantes” que constituyeron, en número indefinido, todos los tipos de sustancias concebibles; su predominio cuantitativo determinó la apariencia de cada cuerpo. En adelante, homoioimerías.

Dínē (δίνη, dínē): rotación o torbellino primigenio con el que el intelecto desencadenó la separación de contrarios y la distribución cosmológica.

Tó pân en pantí (τὸ πᾶν ἐν παντί, to pân en pantí): fórmula que resumió la tesis según la cual “todo está en todo”; no hubo sustancias químicamente puras, salvo el intelecto, estrictamente separado.

| Resumen

Anaxágoras erigió su física sobre un doble fundamento: una ontología de la mezcla que radicalizó el pluralismo material y la postulación de un principio inteligente como condición de posibilidad del orden. En primer término, sustituyó el elenco finito de elementos irreducibles por un repertorio indefinido de homoiomerías, cada una correspondiente al tipo de sustancia reconocible en la experiencia: hueso, carne, madera, piedra, médula, entre otras. No degradó, por tanto, los compuestos a meras ilusiones ópticas ni a agregados sin estatuto propio; por el contrario, confirió a esas clases elementales identidad estable y resiliente, equiparable en rango ontológico a los tradicionales fuego, aire, agua y tierra. En segundo término, introdujo el intelecto, principio no mezclado y homogéneo, que inició la dínē (el torbellino) y con ella el despliegue de una arquitectura cósmica inteligible.

En el origen, todo permaneció junto: cualidades contrarias —lo húmedo y lo seco, lo caliente y lo frío, lo brillante y lo oscuro— compartieron un único estado de indeterminación, recubiertas por la densidad de la mezcla. La fenomenalidad quedó velada; ninguna propiedad se manifestó, porque todas se neutralizaron mutuamente. El advenimiento del intelecto no añadió materia ni impuso desde fuera una forma trascendente; puso en marcha la rotación y, con ella, instituyó la posibilidad misma de la diferencia. El torbellino actuó como operador físico y criterio de organización: separó por decantación lo denso, frío y oscuro hacia el centro, donde se consolidó la Tierra, y condujo lo ligero,

seco y brillante hacia la periferia, donde se constituyeron los astros como cuerpos pétreos incandescentes arrastrados por la revolución celeste. Esta figuración, mecánica y no mitográfica, permitió leer el orden como consecuencia de un proceso natural comprensible.

La exigencia del movimiento resultó aquí ineludible. Las homoiomerías, por sí mismas, carecían de iniciativa dinámica; el mundo, si solo contuviera materias inertes, habría quedado inmóvil e informe. El intelecto garantizó el movimiento sin confundirse con lo movido: por su separación y pureza, no padeció las limitaciones de los compuestos. Esta estricta diferencia de estatuto aclara su capacidad de gobierno y conocimiento universal: si se hubiera mezclado con algo, habría participado de todo y habría quedado sometido a la misma temporalidad de aquello que ordenó. La autonomía del intelecto se muestra, así, como condición de posibilidad de la física.

El torbellino, al distribuir contrarios, no produjo sustancias químicamente puras, sino configuraciones con predominio de ciertas homoiomerías. Que algo se presente a nuestros ojos como “madera” significa que las partes de madera predominan cuantitativamente; no la aniquilación de las demás. Por ello, cada cuerpo conserva, en proporciones invisibles, porciones de todas las demás clases; los nombres de las cosas se justifican por lo que prevalece, y la diversidad observable depende de medida y disposición, no de esencias herméticas. Este desplazamiento conceptual rechaza los extremos: evita tanto el colapso indiferenciado como el esencialismo de sustancias separadas por muros ontológicos.

Semejante arquitectura material reclamó una corrección al empleo empedocleo del azar. Con un elenco finito de elementos y dos fuerzas impersonales que alternan sus dominios, la combinatoria de un tiempo infinito puede, razonablemente, generar configuraciones capaces de sostener un orden estable. Pero cuando se multiplican indefinidamente las clases de partes y, con ellas, las combinaciones posibles, el mero azar deja de bastar como garantía. En un espacio de posibilidades inagotable, nada asegura que la configuración presente llegue a producirse, aunque

el tiempo se conciba como infinito. El intelecto (*noûs*) se impuso, entonces, no como un dios providente, sino como el nombre filosófico de la racionalidad organizadora que haría efectivo el tránsito desde la mezcla indiscernible a un cosmos estable. Esta operación perservaría el naturalismo metodológico: la acción del intelecto se describe conforme a las reglas del discurso físico, sin voluntades, sin deseos, sin revelaciones.

La cosmología resultante adpta un perfil unidireccional. La ausencia de un juego cíclico entre fuerzas antagónicas excluye regresos periódicos al estado compacto; la historia del universo avanza desde un comienzo no fechable hacia una expansión progresiva del campo afectado por la rotación. Anaxágoras enfatiza que la el torbellino comenzó en una región mínima y se extendió paulatinamente, como si el orden se propagara desde un núcleo motor. Esa expansión comportó una creciente determinación: el intelecto (*noûs*) dispuso lo que fue, lo que es y lo que será, fórmula que, lejos de introducir finalismo, subraya la continuidad estable de los procesos una vez instituido el régimen del movimiento.

La explicación de los fenómenos celestes se integra sin fisuras en este marco. La revolución del éter impulsó hacia arriba los cuerpos ligeros hasta formar el circuito de astros; el Sol y la Luna aparecieron como piedras al rojo, prendidas por fricción y velocidad; órbitas y regularidad se derivaron del movimiento circular impuesto por el torbellino. Se trata de una astronomía física, despojada de mitos, que describe con sobriedad el movimiento del cielo como un caso particular del mismo principio que modeló la Tierra. Por debajo de los astros, se supone la existencia de otros cuerpos, invisibles a la percepción, que acompañan los grandes luminarias: la conjetura mantiene la continuidad de la explicación y preserva la economía de causas.

La teoría de la mezcla y del predominio cuantitativo reconfiguró, a su vez, la comprensión de los organismos. Anaxágoras atribuyó al intelecto un control particular sobre lo viviente, no por introducir un principio vital ajeno a la física, sino porque la vida representa el grado más alto de complejidad organizativa alcanzado por la materia. Allí donde la coordinación de funciones requirió mayor estabilidad y articulación, la

marca del orden se hizo más visible. Crecimiento, nutrición y reproducción se describen como redistribuciones de homoiomerías, guiadas por el movimiento y por la tendencia de lo semejante a agregarse. La generación de pelo a partir de lo que no es pelo, o de carne a partir de lo que no es carne, se declara imposible; la regla de Parménides —lo que es no deviene de lo que no es— se salvaguarda mediante la proposición de que, en todo, se hallan porciones de todo. La apariencia de novedad obedece, así, a la emergencia de lo predominante, no a la creación *ex nihilo* de cualidades.

Esta ontología de la mezcla establece, además, una pauta epistemológica sobria. Los sentidos no se declaran falaces; se reconoce, más bien, su limitación: registran la superficie de lo predominante y dejan en la penumbra la presencia latente del resto. El conocimiento riguroso exige, por ello, una interpretación que trasciende la inmediatez sensible y lee en cada fenómeno el juego interno de proporciones y disposiciones. La inteligibilidad del mundo reside tanto en la constancia del movimiento como en la estabilidad del predominio, y el método se mantiene austero: describir, medir, comparar, sin apelar a agentes sobrenaturales ni a providencias morales.

El estatuto del intelecto (*noûs*) se clarifica mediante dos negaciones: no se mezcla y no padece. De ahí deriva su capacidad de conocer y ordenar sin quedar comprometido por aquello que ordena. La homogeneidad del intelecto —único ente estrictamente homogéneo— asegura su simplicidad funcional frente a la heterogeneidad esencial de los compuestos. No actúa como causa final externa; opera como causa motriz y distributiva que, una vez inaugurada la *dínē*, sostiene el régimen del movimiento y con él la estabilidad del cosmos. La separación no convierte al intelecto en divinidad; estabiliza, filosóficamente, la asimetría requerida entre quien instituye el movimiento y aquello que, moviéndose, se organiza.

La recepción posterior confirmó el alcance de esta solución. Aristóteles leyó en Anaxágoras el intento más serio de introducir un principio de orden en la física pluralista, aunque señaló límites y

ambigüedades; Hipólito preservó, con distancia polémica, una exposición sistemática de la separación por torbellino; Simplicio transmitió los fragmentos que permitieron reconstruir el argumento central. Estas voces mediaron la tradición sin disolver el núcleo: el mundo se describe como mezcla persistente, ordenada por la acción de un principio no mezclado que impone movimiento y, con él, diferenciación.

La visión política y antropológica no quedó al margen de esta arquitectura intelectual. La tesis de que todo está en todo y de que la diversidad fenoménica resulta de predominancias cuantitativas socavó jerarquías ontológicas rígidas entre naturalezas y justificó, por analogía, lecturas igualitarias de la condición humana: allí donde todos los compuestos comparten la misma matriz material, la diferencia deja de autorizar superioridades esenciales. Sin misticismo ni providencia, la física presentó una imagen del cosmos en la que el orden emerge de dinámicas impersonales guiadas por un principio racional y, por ello, compatible con una ética de la investigación que privilegia la explicación sobre la veneración.

En suma, Anaxágoras articuló un programa que, sin renunciar a la pluralidad material, aseguró la inteligibilidad del mundo al introducir un principio de movimiento separado. Con las homoiomerías, describió la constitución íntima de los cuerpos; con el torbellino, explicó la génesis de la estructura cósmica; con la tesis de que todo está en todo, preservó la continuidad material y salvó la regla de Parménides; con el intelecto, eliminó el azar como garante último de un orden improbable en un espacio de combinaciones infinito. La naturaleza se mostró, de este modo, como mezcla perpetua y orden estable, simultáneamente.

CLASE 15 | LEUCIPO Y DEMÓCRITO

El atomismo representa la culminación de las búsquedas físicas arcaicas: una propuesta que integra y supera los hilos abiertos por la tradición milesia y por la crítica eleática, inaugurando una vía genuinamente griega para pensar la naturaleza. La atribución de su origen a Leucipo y Demócrito es problemática: mientras el segundo emerge como figura histórica sólida, la existencia del primero ha sido discutida a partir de silencios en las fuentes y de un testimonio de Epicuro.

En contraste con otras corrientes en las que se perciben préstamos orientales, aquí no se hallan antecedentes claros fuera del ámbito helénico, lo que subraya la originalidad del programa. Se sugiere que Leucipo habría titulado dos obras —*La gran ordenación del cosmos* y *Sobre la inteligencia*—, quizá dialogando con el *noûs* anaxagórico; pero nada de su contenido se conserva. De Demócrito conocemos vida, viajes, fechas aproximadas y la magnitud de una producción hoy casi perdida, organizada en tetralogías y de la que han llegado principalmente fragmentos éticos. La novedad y la audacia doctrinal —en un clima que no premiaba el “ser original”— ayudarían a explicar tanto las estrategias de autoría como las tensiones religiosas y cívicas que rodearon la recepción del atomismo. Tras el giro ético y político de Sócrates y Platón, Aristóteles reabrirá la investigación física, pero el horizonte atomista quedará como una de las creaciones más originales de la física griega.

| Fechas fundamentales

ca. 500–450 a. C.: Formulación y consolidación de corrientes físicas jónicas; marco previo del que el atomismo heredará problemas y técnicas de argumentación.

ca. 460 a. C.: Nacimiento de Demócrito en Abdera.

ca. 430–420 a. C.: Actividad intelectual de Demócrito; viaje y asentamiento en Abdera; atribución tradicional de la fase clásica del atomismo.

siglo V a. C. (segunda mitad): Supuesta redacción de *La gran ordenación del cosmos* y *Sobre la inteligencia*, atribuidas a Leucipo (transmisión perdida).

siglo IV a. C.: Predominio de intereses éticos y políticos en Sócrates y Platón; reanudación sistemática del estudio de la naturaleza en Aristóteles.

Época helenística: Epicuro retoma, transforma y difunde el atomismo; su testimonio alimenta la discusión sobre Leucipo.

Tardía Antigüedad y transmisión medieval: Pérdida de la mayor parte de las obras democriteas; conservación fragmentaria, sobre todo en el ámbito ético.

| Resumen

El atomismo se presenta como una síntesis creadora que recoge la energía investigadora de los primeros físicos y la somete a una operación doble: aceptar el rigor lógico eleático —la exigencia de que el ser no se

genere desde la nada ni perezca en la nada— y, a la vez, restituir la experiencia del cambio, el movimiento y la multiplicidad. La solución consiste en trasladar el problema al nivel de la estructura última: si lo que verdaderamente es son unidades plenas, indivisibles e ingeneradas, el cambio no será generación absoluta, sino reordenación de configuraciones. De ahí la centralidad de los átomos y del vacío; sin el segundo, la movilidad quedaría sofocada; sin los primeros, la permanencia sería ilusoria. Esta arquitectura conceptual, aquí evocada en su trazo mínimo, emerge en las fuentes como una creación específicamente griega, sin paralelos claros en los repertorios cosmológicos orientales. Aunque la cultura griega dialogó intensamente con Egipto, Persia y Babilonia, en este caso no se detectan modelos afines que permitan hablar de préstamo o adaptación: es un producto de la maduración interna de la *phýsis*.

La tradición ha fijado dos nombres al frente de la doctrina: Leucipo y Demócrito. Sin embargo, la asimetría entre ambos es notable. Sobre Leucipo apenas contamos con títulos transmitidos —*La gran ordenación del cosmos* y *Sobre la inteligencia*—, y ni una sola línea firmemente auténtica. La conjetura de que *Sobre la inteligencia* dialogaría con el *noûs* de Anaxágoras resulta plausible por la cronología y por la necesidad de tomar posición ante una hipótesis que explicaba el orden del mundo mediante un principio inteligente.

La ausencia casi total de testimonios independientes alimentó la sospecha —antigua ya en Epicuro— de que Leucipo pudo ser una figura construida por la tradición o incluso una creación estratégica de Demócrito. Tal hipótesis, aun imposible de resolver de manera definitiva, se apoya en dos indicios: el silencio de las fuentes ajenas a Abdera y una “biografía” que, en ciertos relatos, se confunde con un itinerario simbólico por Mileto y Elea, más alegoría doctrinal que crónica vital. Sea como fuere, y concediendo el margen abierto por la filología, el nombre de Leucipo permanece envuelto en un enigma que la arqueología del libro antiguo no ha logrado despejar.

Demócrito, en cambio, se alza como presencia firmemente anclada. Nacido en torno a 460 a. C. en Abdera, se le atribuye una vida larga y una formación cosmopolita, con viajes a Egipto y Persia que ilustran la amplitud de su curiosidad. Pero lo decisivo no es el exotismo del desplazamiento, sino el calibre de su escritura: una obra de enorme extensión, organizada en tetralogías —ocho libros de ética, dieciséis de física, doce de matemáticas, tratados de música, lengua y técnicas—, que nos permite entrever una ambición enciclopédica y un tipo de mente que ya anticipa el paso a la gran sistematicidad clásica. La paradoja es que de ese edificio apenas han llegado hasta nosotros fragmentos, y casi todos de tono ético. La pérdida del resto —física, matemáticas, teoría del conocimiento— no es solo un accidente de la transmisión; dice algo sobre jerarquías de lectura, preferencias escolásticas, prioridades doctrinales y, quizá, sobre la incomodidad que ciertas cosmologías “desacralizadas” generaron en momentos de sensibilidad religiosa o política. La historia del archivo es también historia de olvidos deliberados y de silencios institucionales.

Este trasfondo ayuda a iluminar la cuestión de la autoría doble. El mundo clásico no celebraba sin más la innovación: el valor de lo nuevo no era un emblema cívico, y la acusación de impiedad podía activarse cuando una doctrina parecía erosionar mitos fundantes o prácticas rituales. La física atomista, por su rechazo de causas teleológicas y su explicación puramente natural de la diversidad, pudo rozar esa frontera. En semejante clima, vincular una teoría disruptiva a un maestro remoto —Leucipo— habría ofrecido a Demócrito un escudo narrativo: el innovador quedaría moderado por la autoridad de la tradición. La estrategia —si lo fue— encaja con el tono general de prudencia que observamos en otros momentos de la historia intelectual griega.

La originalidad del atomismo, tal como se presenta en este cuadro, no consiste en un gesto aislado, sino en la confluencia de herencias. Por un lado, asimila la pregunta milesia por el sustrato físico, depurada ya por un método que busca explicaciones no míticas. Por otro, enfrenta con

seriedad el desafío de Parménides: si el ser es inengendrado e imperecedero, ¿cómo salvar la experiencia del aparecer y del cambiar? La respuesta atomista afirma que la permanencia reside en las unidades indivisibles, mientras que la multiplicidad se explica por disposición, orden y contacto. El vacío garantiza la posibilidad de trayectorias, choques, entrelazamientos; sin él, la naturaleza quedaría inmóvil. Aunque aquí no se entra en los detalles técnicos —propiedades primarias como figura, tamaño y posición frente a cualidades derivadas—, el trazado general permite comprender por qué el atomismo fue percibido como una cima del periodo arcaico: logra una unión entre lógica y experiencia sin recurrir a un principio inteligente externo. Si el *noûs* aparece, lo hace como interlocutor teórico a través de Anaxágoras; pero el proyecto atomista no lo necesita para explicar la estructura del mundo.

El relato cronológico sugiere, además, un cambio de sensibilidad intelectual. Con Sócrates y Platón, la atención se desplaza hacia lo ético, lo político y lo metafísico, y la indagación estrictamente física pierde centralidad. No es una clausura definitiva: Aristóteles, tercero en la gran tríada clásica, recupera y ordena con potencia el interés por la naturaleza, segmentando las disciplinas y dotándolas de métodos y conceptos. Visto desde esta perspectiva, el atomismo queda como un logro de madurez de la investigación arcaica y, al mismo tiempo, como un punto de referencia para la filosofía posterior, ya sea por recepción creadora (Epicuro) o por crítica. La pérdida de la mayor parte de los tratados democriteos no oscurece su perfil intelectual: al contrario, el catálogo de materias —ética, física, matemáticas, música, lengua, técnica— muestra hasta qué punto la filosofía helena había pasado de intuiciones inaugurales a programas amplios capaces de dialogar con todo el saber disponible.

Finalmente, el argumento sobre la “grecidad” del atomismo no pretende fundar una identidad excluyente, sino describir un hecho filológico e histórico: en este caso, a diferencia de otros, no se detectan antecedentes identificables en las literaturas india, egipcia o caldea que permitan trazar una genealogía externa. Es, por tanto, una invención conceptual de la *phýsis* helénica, nacida de la exigencia de coherencia

lógica, del trato riguroso con la experiencia y de una voluntad de explicación completamente natural. Esta combinación explica su fascinación duradera y su presencia en la historia del pensamiento como una de las grandes hipótesis sobre la estructura del mundo.

| Bibliografía

Aristóteles. (2023). *Física* (ed. bilingüe). Madrid: Gredos.

Curd, P., & Graham, D. W. (Eds.). (2019). *The Oxford Handbook of Presocratic Philosophy*. Oxford: Oxford University Press.

Guthrie, W. K. C. (2018). *A History of Greek Philosophy, Vol. II: The Presocratic Tradition from Parmenides to Democritus* (2.^a ed.). Cambridge: Cambridge University Press.

Kirk, G. S., Raven, J. E., & Schofield, M. (2020). *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos* (9.^a ed.). Madrid: Gredos.

Laks, A., & Most, G. W. (Eds.). (2016). *Early Greek Philosophy* (9 vols.). Cambridge, MA: Harvard University Press (Loeb Classical Library).

Taylor, C. C. W. (1999/2020). *The Atomists: Leucippus and Democritus. Fragments* (rev. ed.). Toronto: University of Toronto Press.

Torralba, F. (Ed.). (2021). *Demócrito: Fragmentos y testimonios* (ed. bilingüe). Barcelona: Acanalado.

Vlastos, G. (1995/2019). *Studies in Greek Philosophy, Volume I: The Presocratics*. Princeton: Princeton University Press.

Wardy, R. (2014/2021). *Aristotle and the Atomists: The Physics of the Void*. Oxford: Oxford University Press.

Warren, J. (2007/2015). *Epicurus and Democritean Ethics: An Archaeology of Ataraxia*. Cambridge: Cambridge University Press.

CLASE 16 | ¿MIEDO AL ÁTOMO?

El atomismo, formulado como una física de alcance total, ofrece una explicación parsimoniosa y potente de lo real a partir de dos principios: átomos y vacío. Su ambición naturalista lo convirtió en una hipótesis temida: desactiva apelaciones a un plano trascendente y vuelve superflua la ontología espiritual, lo que suscitó reacciones hostiles desde la Antigüedad clásica hasta la escolástica. La confrontación con la metafísica platónica —con su mundo inteligible, el δημιουργός (dēmiourgós) y las ἰδέαι (idéai)— mostró dos estrategias rivales de inteligibilidad: duplicación del ser frente a economía explicativa. La tradición cristiana, con Ambrosio y Agustín, ligó el atomismo a un ateísmo moralmente peligroso; de ahí la escasa copia y conservación de textos. Pese a ello, la línea Epicuro–Lucrecio sobrevivió y, reconfigurada por la modernidad (Bacon, Gassendi), preparó el terreno para la confirmación físico-experimental culminada, entre otros hitos, en el análisis einsteiniano del movimiento browniano.

| Resumen

A diferencia de otros sistemas antiguos, el atomismo se distingue por una sorprendente economía de principios. Con la sola postulación de átomos y vacío, la teoría pretende explicar el conjunto de fenómenos físicos, psíquicos y cósmicos sin invocar entidades trascendentes ni causas finales. La elegancia de la propuesta estriba en su doble fidelidad: mantiene la exigencia lógica de continuidad argumental heredada de los eleatas y, a la vez, preserva la evidencia sensible de cambio y multiplicidad señalada por los milesios. La variación no se concibe como generación *ex nihilo* ni como corrupción hacia la nada, sino como recombinación, choque y reordenamiento de unidades permanentes en el vacío. Allí donde otras doctrinas introducen un *noûs* o un artesano cósmico, el atomismo afirma la suficiencia de la materia y del espacio para producir mundos estables y regulares.

La fuerza de esta hipótesis trajo consigo, sin embargo, un rechazo persistente. En el concierto clásico, la teoría chocó con la metafísica platónica, que duplicaba el ámbito de lo real en un mundo inteligible de modelos y un mundo físico de copias. Para justificar la proporción, la armonía y la inteligibilidad, Platón postulaba un demiurgo que ordena una materia tosca según las formas inmateriales. Frente a esa arquitectura, el atomismo ofrecía una alternativa más austera: la inteligibilidad reside en la estructura, la figura, la posición y el movimiento; el orden no se impone desde fuera, emerge de la combinatoria.

La crítica aristotélica tachó de insuficiente esa economía, pero incluso en su distancia reconoció el alcance del desafío: si la naturaleza es autosuficiente, la apelación a causas finales o inteligencias ordenadoras queda devaluada.

Las resistencias se intensificaron en la cultura cristiana tardía. En el horizonte doctrinal de Ambrosio y Agustín, una física sin providencia amenazaba la arquitectura moral de premios y castigos *post mortem*. La psique, entendida como material y mortal, lesionaba creencias centrales

sobre la inmortalidad; y la atribución del orden del mundo al azar y a la necesidad mecánica parecía incompatible con una justicia trascendente. De ahí la asociación retórica —recurrente y eficaz— entre atomismo, ateísmo y depravación moral. Tales lecturas, sumadas a prioridades escolares, contribuyeron a que no se invirtieran recursos de copia y conservación en obras democriteas o epicúreas. La transmisión manuscrita refleja estas decisiones: lagunas, pérdidas, silencios; un mapa de la tradición dibujado por afinidades y rechazos.

A pesar de la sombra medieval, la línea atomista no se extinguió. La recuperación humanista de Lucrecio reabrió el acceso a una cosmología naturalista que casaba bien con las nuevas prácticas de observación, medición y experimentación. En la temprana modernidad, programas como los de Bacon —con su énfasis metodológico en la inducción y la experiencia— y Gassendi —que reconstruyó una filosofía natural corpuscular compatible con cierta teología de época— devolvieron plausibilidad filosófica a la ontología de partículas. La química emergente, la óptica y la mecánica abrazaron cada vez más descripciones discretas de la materia, y la física estadística del siglo XIX proporcionó herramientas para cuantificar fluctuaciones y trayectorias. El análisis del movimiento browniano por Einstein a inicios del siglo XX, al conectar irregularidades observables con choques moleculares y derivar relaciones medibles entre constantes físicas, ofreció una verificación de enorme peso al cuadro corpuscular. La vieja conjetura atomista encontraba, por fin, un andamiaje teórico-experimental robusto.

El balance histórico invita a una consideración metodológica. La contraposición entre metafísica y materialismo —entre mundos duplicados y economía de principios— no es un mero episodio historiográfico; vertebrada una larga disputa sobre qué cuenta como explicación suficiente. La opción atomista sostiene que el recurso a planos trascendentes no mejora la potencia predictiva ni la coherencia del relato: introduce más ontología de la necesaria.

En clave ética, esta lectura descarga al ser humano de tutelas providencialistas y desplaza el foco a prácticas de vida ajustadas a la

mortalidad: la psique, siendo material, no demanda consuelos ultraterrenos, sino clarificación de deseos, límites y fines. Este horizonte no desmerece la dimensión simbólica o ritual de las culturas, pero invita a considerarlas como producciones humanas, contingentes y revisables, antes que como imposiciones de un orden eterno.

También conviene subrayar el precio de la claridad: la hostilidad que acompañó al atomismo muestra cómo los sistemas filosóficos pueden ser, en la historia, palancas de inclusión o exclusión. La pérdida masiva de textos no es un accidente neutro; responde a juicios de valor institucionalizados. Por eso el retorno contemporáneo a los presocráticos, y en particular a las fuentes atomistas, no es solo una arqueología del pasado: es un ejercicio de higiene intelectual. Al leerlos sin el filtro platónico-aristotélico convertido en dogma, se ensaya una imaginación teórica menos complaciente con herencias sacralizadas. El interés actual por estas doctrinas no aspira a “matar” ningún nombre propio, sino a desactivar la inercia de categorías que, nacidas en contextos precisos, se volvieron invisibles por hábito.

Que una física concebida hace veinticinco siglos pueda dialogar con prácticas científicas modernas habla de la fecundidad de ciertas intuiciones. La idea de que estructuras macroscópicas se explican por el juego de unidades mínimas en un medio —átomos en el vacío— sigue siendo uno de los grandes hilos de la racionalidad occidental. La resistencia que provocó, desde el miedo a la impiedad hasta el recelo moral, ilumina con igual fuerza nuestras ambivalencias: preferimos con frecuencia una explicación que nos consuele a una explicación que nos obligue a revisar nuestras creencias. El atomismo eligió lo segundo y, con ello, abrió una senda de investigación que todavía hoy continúa.